



O. Corupeltes  
to uno V

Nuevo Mundo 3 II 1922

LOS ESCRITORES ANTE LA VIDA LIBROS Y MUJERES

Nos ha hecho un muy buen servicio don Juan Marqués Merchán con su obra *Don Bartolomé José Gallardo. Noticia de su vida y escritos*. Ella nos ayuda al mejor conocimiento del siglo XIX español, el de nuestros verdaderos orígenes, el del liberalismo y el romanticismo. Gallardo fué un romántico—romántico clásico, como le llama con acierto su biógrafo último, el Sr. Marqués Merchán—y un liberal. ¡Qué liberal! Algo más: un republicano, y republicano de 1840, que ya es ser. Como miembro de la Junta directora del partido, firmó en aquel año un programa que empezaba con la «supresión del trono» y acababa con el «reparto á los jornaleros de las tierras del Estado». Y siempre, antes y después de esto, romántico. Y el romanticismo fué, según el Sr. Marqués Merchán, un socialismo literario.

Don Bartolomé José Gallardo, uno de nuestros primeros periodistas—en orden de tiempo y de excelencia—, no tuvo buena Prensa. Los enemigos que le atrajo la índole recia y desgarrada de su carácter y su amor desenfundado á la verdad, á la libertad y á la justicia, le maltrataron cuanto pudieron y le envolvieron en una leyenda. Parte de la cual fué la de presentarle como bibliófilo substractor de libros. Conocido es aquel soneto de D. Serafín Estévez Calderón, *el Solitario*, el tío de D. Antonio Cánovas del Castillo—que con tan estremecida y afectuosa veneración le biografó—, que refiriéndose á Gallardo, empezaba: «Caco, cuco, faquín, bibliopirata...»

Bibliopirata, ó sea ladrón de libros. Y fué, sin embargo, ésta una de las actividades y pasiones, y si se quiere habilidades, de Gallardo más beneficiosas para la cultura española. Gracias á los robos de Gallardo, sin duda, se han conservado, llegando hasta nosotros, libros que de otro modo se habrían perdido ó pasado al Extranjero. Cuando el

ladrón de un instrumento sabe tañerlo mejor que su presunto dueño, hay que agradecerle, y no ya perdonarle, su ladronismo. Las piraterías bibliopólicas de Gallardo fueron un acto de desamortización. Ellas le permitieron trazar sus ensayos bibliográficos.

Murió Gallardo, el héroe, como le llama su último biógrafo—y heroica fué, sin duda, y quijotesca en más de un respecto su vida—; murió á los setenta y cinco años de su edad, fuera de su último y triste y apagado hogar de soltero, cuando volvía de un viaje, ¡á esa edad!, que había emprendido á Valencia, á ver si compraba la librería que dejó Salvá. Y murió en Alcoy y reciamente.

El amor loco, desenfundado, á los libros debió de ser lo que más contribuyó á que Gallardo, que empezó extrañándose de sus padres por no querer la tonsura, por rehusar el estado eclesiástico, permaneciese toda su vida soltero. Y no por falta de amoríos y aun de más. Primero, aquella Florinda ó Silvia, si es que no fueron dos—y, ¿quién sabe?, acaso más—, de sus primeros versos amorios aquí, en esta ciudad de Salamanca; después, otras aventuras más de rompe y rasga, y luego, sus «relaciones estrechas y tumultuosas con una encopetada señora», según frase del Sr. Marqués Merchán, con una señora de título nobiliario. Pero los libros, ¡los pícaros libros! Y en hombre de escasos recursos.

¡Es que D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que tan afectuoso culto guardó á la memoria de Gallardo, habría dejado la espléndida biblioteca que dejó á Santander si se hubiera casado y le hubiese Dios deparado ocho hijos como al que esto escribe? Y no es que D. Marcelino, como tampoco D. Bartolomé, hubiese hecho voto de continencia. Cuando se empiece á estudiar el hombre, que lo merece, y no sólo el escritor y el erudito, y se le pierda cierto indebido respeto, se podrá contar de sus aventuras amorosas.

En cierta ocasión, otro erudito, otro bibliófilo, D. Antonio Sánchez Moguel, nos presentaba argumentos en apoyo de su tesis de que los investigadores de las letras no se deben casar, aunque ello no les impida ir al ojeo. Y acabamos diciéndole: «Mire usted, D. Antonio, eso podrá rezar con un erudito, con un crítico, con un investigador como usted dice; pero no con un poeta, un novelista, un dramaturgo, un pensador...» Y luego nos enredamos en una discusión en que le hablé de la mujer del Dante, de la madre de sus hijos, á la que ha dejado en santa sombra la etérea Beatriz; y de la mujer de Goethe, y de otras compañeras de grandes escritores.

¡El triste y frío hogar de la vejez de Gallardo, allá, en la Aberquilla, á media legua de Toledo, con sus libros! «Sólo admitió el amor físico—dice el Sr. Marqués Merchán—, y aun llegó á convertirse, en los postreros años, de mujeriego en comedido misógino.» El amor físico, ¿qué es eso? Físico quiere decir natural; pero lo que el biógrafo de Gallardo llama amor físico, no es amor á mujer, sino amor á la carne de mujer. Porque amor á mujer—cuerpo y alma, carne y vida, sangre y sentido—no hay más que uno solo.

Ya en su vejez, escribía Gallardo estas melancólicas palabras: «Ah, mujeres, mujeres, niñas de mis ojos; en vosotras está la discreción, la perspicacia y el tacto fino. Vosotras tenéis la llave de los corazones; vosotras sí que conocéis á los hombres; mas, ¡ay dolor!, que los hombres no os llegan á conocer sino cuando van á perderos.» Es, sin duda, más fácil conocer un libro que no una mujer, como no sea conocer á ésta no más que por la pasta y la portada, bibliográficamente.

¿Y no fué la soltería de Gallardo de origen quijotesco?

MIGUEL DE UNAMUNO

